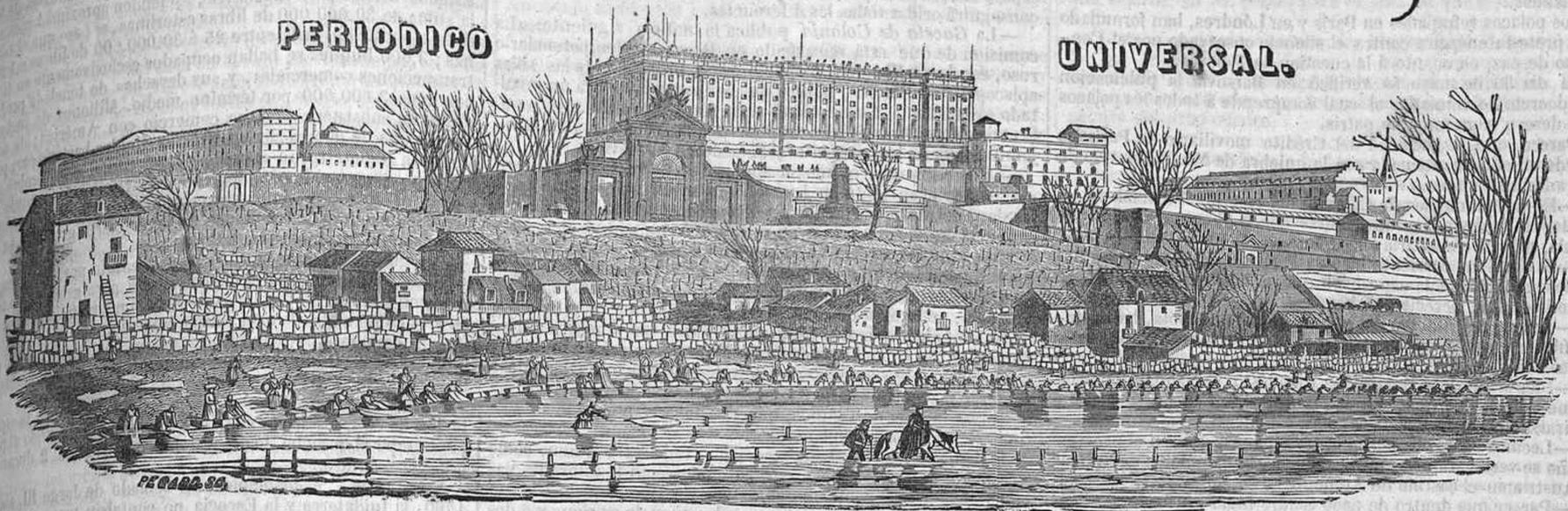


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: Mes 6 rs. Trés 16. Seis 50. Año 50.  
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.  
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.  
 Número suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 350 rs.

**NÚM. 382.—TOMO VIII.—LUNES 23 DE JUNIO DE 1856.**  
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.  
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

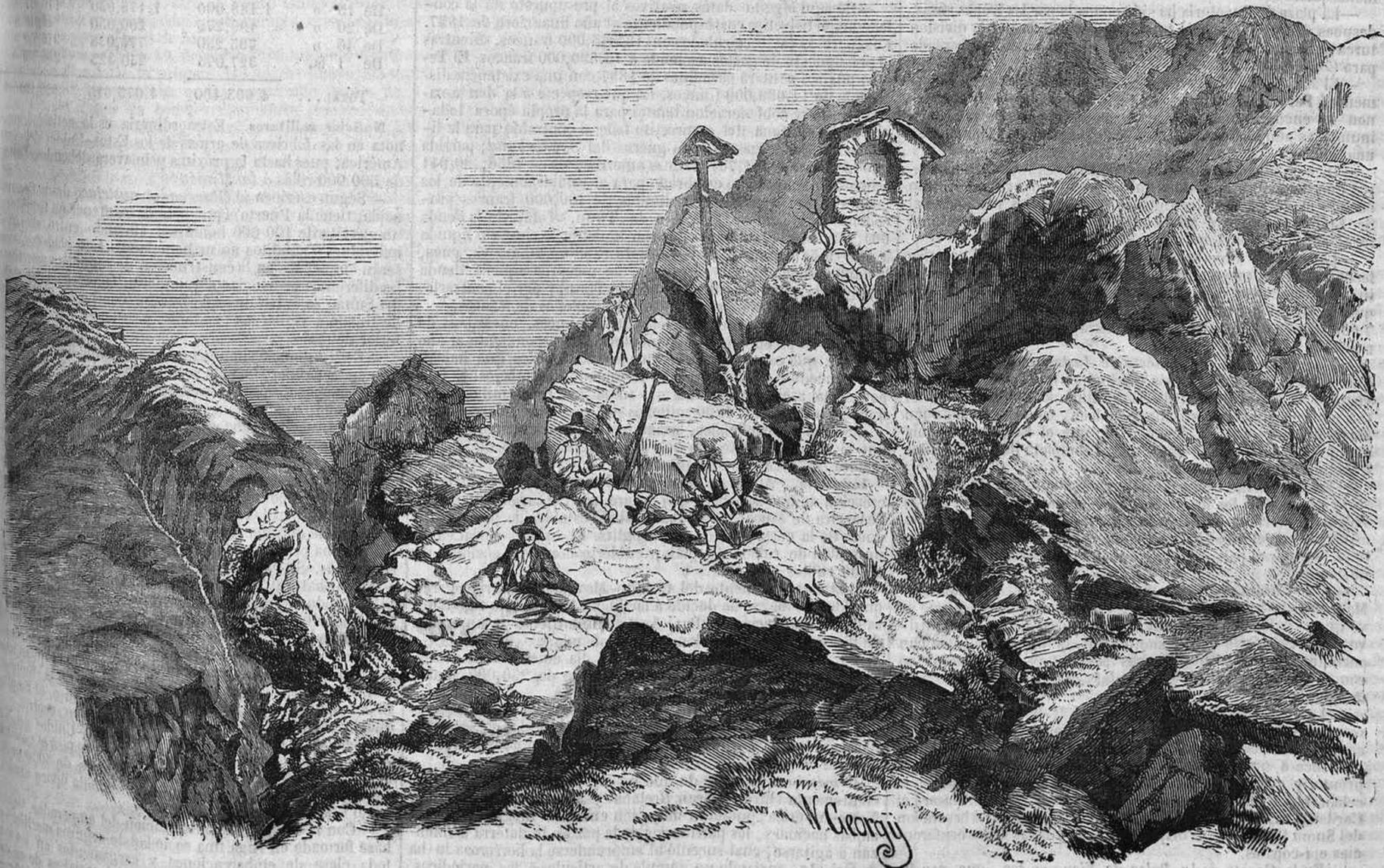
Ilustracion y Novedades en Madrid.	Edicion grande. Mes 12.	Tres 54.	Seis 66.	Año 150.
	Edicion pequena. 8.	22.	42.	80.
Idem en provincias.	Edicion grande. 20.	50.	95.	180.
	Edicion pequena. 12.	30.	56.	110.

## REVISTA UNIVERSAL.

**Sucesos de actualidad.** Próximas las Cortes á terminar su segundo período legislativo, han aprovechado grandemente las últimas sesiones: está concluida la ley de Ayuntamientos y se han discutido y votado varias otras de gran interés, señaladamente la de complemento del ferro-carril del Norte.—En Benavente primero, en Valladolid, Palencia y Rioseco despues, han ocurrido gravísimos desórdenes, á pretexto de subsistencias; no solo se ha alterado el orden público en aquellos puntos, sino que los amotinados han cometido terribles desmanes, entre ellos el incendio de algunas fábricas de harina.  
 —Asegúrese que tan pronto como se haya verificado el solemne bautizo del príncipe imperial, marchará el emperador Napoleon á los baños de Plombieres.  
 —Parece que la Persia trata de enviar un representante cerca del Emperador de los franceses.  
 —El día 5 llegó á París el general Williams, el héroe de Kars, en donde fué recibido con entusiasmo.  
 —Ya se halla abierto para el paso de carruajes el puerto del San Bernardino.  
 —De vuelta ya en París Ali-Bajá, de su viaje á Londres, debe haberse puesto el día 10 del corriente en camino, para regresar por Viena á Constantinopla.

—El periódico de Turin *«Unione»* dice, que el conde de Cavour se propone marchar otra vez á París. El semioficial *Risorgimento*, califica la situacion del reino de muy grave.  
 —El gobierno austriaco pone de manifiesto por su órgano oficial, que el tratado del 15 de abril no envuelve carácter alguno hostil.  
 —El general Sir Williams of Kars ha sido objeto de especial atencion durante su estancia en la corte de Berlin.  
 —Acaba de conferir el emperador Napoleon al baron de Seebach, embajador del Rey de Sajonia, en la corte de las Tullerías, la gran Cruz de la Legion de Honor.  
 —Ya se halla de vuelta en París el general príncipe Edgard Ney de su mision á San Petersburgo, en donde, á causa del tratado de 15 de abril, fué recibido con cierto retraimiento.  
 —El príncipe Gerónimo Bonaparte se encuentra ya, desde principios del corriente mes, en Villegenis, su residencia de verano, en el departamento del Ródano.  
 —El día 27 del próximo pasado mes llegó el príncipe-Regente de Baden al palacio de Buckingham en Londres, y asistió aquella misma tarde al baile del embajador turco.  
 —La duquesa viuda de Génova ha llegado con sus hijos y séquito, el día 30 de mayo, á Dresde, en donde piensa fijar su residencia durante el próximo verano.  
 —La comision de organizacion de los Principados danubianos, que nada tiene que ver con la encargada del arreglo de las

fronteras, se reunirá en Bucharest y no en Constantinopla, como se habia dicho.  
 —Los ministros del Interior y de Hacienda de Suecia, señores Tahraus y Barón de Palmstierna, han dimitido sus carteras. Se espera una total modificacion del gabinete.  
 —Han sido puestas en libertad en Nápoles mas de cien personas, que por causas políticas se hallaban bajo la inmediata vigilancia de la policia.  
 —La célebre cosmopolita alemana Ida Pfeiffer, se dispone para emprender un viaje á París, Madagaskar y la India Oriental.  
 —La augusta ceremonia del bautismo del primogénito de Napoleon III se ha verificado el día 14 con grande esplendor, y un orden admirable.  
 —Considérase como inminente una crisis ministerial en Holanda, habiendo hecho ya dimision de su respectiva cartera el Sr. de Van-Hall.  
 —De vuelta de su viaje á Berlin, hizo el emperador Alejandro su entrada en Riga con las mayores demostraciones de entusiasmo de las gentes de la ciudad y de la campiña.  
 —Léese en el *New-York-Herald* del 28 de mayo, que Mr. Crampton, representante de Inglaterra en los Estados-Unidos, ha recibido sus pasaportes.  
 —Los daños que las recientes inundaciones han causado en el vecino imperio, suben, segun cálculo de personas competen-



El Passo del Gallo.—Copia del dibujo original de Guillermo Georjy.



—Dentro de poco se hará á la vela en Cronstadt una flotilla rusa, compuesta de un vapor de hélice de 96 cañones, de dos fragatas y dos corbetas, que debe marchar á las aguas de Palermo, en cuya ciudad se establecerá mas tarde la empuñadura por algún tiempo.

—Dícese que el casco de uno de los principales buques rusos sumergidos al fondo del mar en la rada de Sebastopol, se halla en un estado por los estragos extraordinarios que hiciera en él una especie de gusanos roedores, de que se hallan plagados las aguas del puerto de Sebastopol. También á la fragata inglesa *Terrible*, que al presente se encuentra en Malta, la dejó muy mal parada aquellos destructores insectos.

—Ha sido elegida la ciudad de Galaz como residencia de la comisión europea que ha de arreglar la cuestión de la libre navegación del Danubio.

—La flota militar napolitana consta en el día de dos navios de línea, á saber: el *Vesuvio* y el *Capri*, de cinco fragatas, cinco bergantines, dos corbetas, dos goletas, diez fragatas de vapor, diez vapores-correos, y finalmente unas cien lanchas canoas. Los elementos para la construcción de buques y para su aprovisionamiento abundan extraordinariamente en el reino. En los Abruzzos y en la Calabria hay magníficos bosques, que surten á los arsenales de excelentes maderas de construcción; dispone de abundantes minas de carbon de piedra, de cáñamo de muy buena calidad para caballerías, etc.

—Agricultura. Son contestes las noticias de todos los departamentos del vecino imperio, que la cosecha de cereales va á ser abundantísima, y que las devastaciones causadas por los desborramientos, tendrán un efecto puramente local.

—El Emperador Napoleón ha comprado ya hasta la cantidad de 100,000 francos y mas ganados, aparatos, semillas, etc., de los presentados en la exposición de París, con objeto de regalarlos á las sociedades agrícolas de los departamentos de su imperio.

—De unos cuarenta expositores de productos agrícolas, con especialidad de vinos, kirsh (aguardiente de cerezas), quesos de Gruyere y de Emmenthal, obtuvieron la medalla en la exposición de París hasta 22.

—Las noticias que se van recibiendo relativamente á la cosecha de granos en Argel, no pueden ser mas satisfactorias: de aquí la grande baja que han experimentado los precios respectivos en la plaza de Marsella.

—El día 9 del corriente tuvo lugar en el palacio de la Industria de París, el acto solemne de repartición de premios á los expositores de productos y aparatos rurales, por el ministro de Agricultura. El número de los premiados ascendió en un todo á unos 500. La concurrencia de visitantes á dicha exposición ha sido tan grande, que en uno de los últimos días importaron las entradas hasta 40,643 francos.

—Mr. Doyere, célebre economista rural francés, al tratar de la conservación de los granos en los silos, y desenvolviendo la causa que mas esencialmente influye en este caso, á saber: la proporción cuantitativa de la humedad, que contienen los granos, dice, que en los de España, tal como la agricultura los produce, ha encontrado en los de reciente cosecha un 8 á 10 por 100. Los granos de la Argelia son mas húmedos, y en los de Francia existe una grande variedad: los mas secos envuelven de 14 á 16 por 100 de agua, muchos de 18 á 20 y algunos hasta un 23 por 100. De aquí que los granos franceses no puedan ser conservados en depósitos subterráneos, á menos que no se les prive, á favor de algun procedimiento, del exceso de humedad, y para impedir de que una vez ensilados, vuelvan á tomar el exceso de humedad, será necesario tomar al efecto las disposiciones convenientes, como, por ejemplo, revestir el interior de los silos con chapas de hierro.

—Obras públicas. El día 19 de mayo tuvo lugar en Londres la ceremonia de colocar la primera piedra del nuevo hospital militar. El edificio, que debe quedar concluido dentro de 3 años, y cuyos gastos de construcción están presupuestados en 200,000 libras esterlinas, tendrá una fachada de 1,400 pies, y se compone de un cuerpo central, en que se colocarán los oficiales enfermos é inválidos, y de dos aleros con 3 pisos, destinados á recibir hasta: 1,000 individuos de la clase de tropa. Unido á este edificio hay un cuartel para mil convalecientes, un establecimiento para dementes, un museo, una capilla católica, otra protestante, etc., etc. Por su situación entre Southampton y Portsmouth, se hallará el hospital en comunicación inmediata con la capital y el gran campamento de Aldershot, mediante el ferro-carril. La Reina Victoria presidió la ceremonia, en la cual hubo tanta ostentación como entusiasmo.

—Caminos de hierro. De una Memoria publicada por la administración general del camino de hierro del Norte de Francia, extractamos los datos siguientes, los cuales evidencian el inmenso aumento que la explotación respectiva ha tenido en los últimos años. La citada vía contaba en 1855 una longitud de 730 kilómetros, habiendo por ella circulado durante el propio año 5,949,602 pasajeros. En 1850 ascendió el número de los mismos á 3,000,000 y medio, en 1853 ya á 4,740,613, y en 1854 á 5,074,218. De los pasajeros del año de 1855 tomaron solamente 615,000 billetes para los wagones de primera clase, 1,307,000 de segunda, y 3,426,000 de tercera. En mercancías transportaron los trenes del enunciado ferro-carril durante el mismo año 2,050,285 toneladas, la tonelada á 1000 kilogramos. Para la expedición de estas toneladas por mar, habríanse necesitado á lo menos 6834 buques de á 300 toneladas cada uno. Esta cifra es casi cuádrupla respecto á la que resultó en 1850, y 837,000 toneladas mas que en 1853, 435,000 mas que en 1854. Los productos totales de la línea del Norte ascendieron en 1855 á 51,085,000 francos, es decir, que en el transcurso de seis años tomaron un aumento hasta á un 116 por 100. La empresa pudo pagar á sus accionistas en 1855, deducidos los gastos extraordinarios de 6,700,000 francos por la compra de material nuevo, recomposiciones en la vía un dividendo de 61 francos.

—La longitud explotada de todas las líneas férreas de Francia, pertenecientes á doce compañías, era en 1855, según se desprende de una Memoria publicada, por el ministerio del ramo, de 4,699 kilómetros y 5,609 en 1856. Los productos totales del primer trimestre de 1855 importaron 48,913,439 francos, y los del propio período del presente año á 59,843,581 francos. La renta kilométrica fué por cálculo medio de 40,514 francos en 1855, y de 40,771 en 1856, ó de 237 francos, ó bien 2,44 por 100 mas que en el anterior.

—El *Daily News*, con objeto de consolar á los que tanto temen el poder de la Rusia, les dice que para completar aquel imperio su red de ferro-carriles, necesitará á lo menos todavía cincuenta años, y un capital de 1000 millones de libras esterlinas.

—Música y Teatros. Bajo la inmediata protección del duque de Gotha, ha formado una sociedad de profesores músicos y diletantis, con objeto de proceder á la publicación de todas las composiciones mas escogidas del distinguido maestro Haendel.

—Por fin ha encontrado la famosa Lola Montes la horma de su zapato, como suele decirse. El *Ballaret-Times* del 3 de marzo, cuyos mas recientes números trajó de Australia el *Reaxburg-Asile*, despues de una travesía de 80 dias, refiere en los términos siguientes el percance que ha tenido la célebre bailarina cosmopolitana: «Como es sabido, fué Lola Montes escriturada por Mr. Cresby para el teatro en Ballarat. Cuando al concluirse la temporada llegó el caso de ajustar cuentas, principió Lola, como de costumbre, á querellar con el empresario, y probablemente se habria propiado á hacer de las suyas, cuando acertó á entrar la señora de Cresby, y como viese la actitud amenazadora de la osada bailarina, empezó á sacudirla tan sendos patigazos, que el instrumento látigo se hizo trizas. En seguida resultó una lucha tremenda, desgrenándose la una á la otra los cabellos, que era un portento; y... lo demás, puede cualquiera pensarse, pues no es para dicho, concluye diciendo el *Ballaret-Times*, no sin agregar todavía, por último, que á consecuencia de aquella refriega, se verá Lola Montes por mucho tiempo imposibilitada de salir á las tablas; tan mal parada quedó.

—Neologías. El día 12 de mayo proximo pasado dejó de existir en París el gobernador de aquella plaza, el general Courand.

—Ha muerto en Tiflis el célebre poeta persa Mirza Schaffy, —A fines de mayo ultimo ha fallecido en Versalles el Conserjero áulico, y tercer esposo de la Emperatriz María Luisa, Conde Carlos Renatus de Bombelles.

—Edwina Viereck, célebre actriz del teatro real de Berlin, tanto por su belleza, como gracia y distinguidos dotes de artista, nacida en Breslau, año de 1823, finó el día 1.º del presente en Corshad.

—Ernesto Federico Wustemann, consejero áulico del duque de Sajonia Gotha, muy ventajosamente conocido en el campo de la literatura clásica por varios diccionarios publicados por él, ha fallecido el día 1.º de junio en edad de cincuenta y siete años.

LA VELADA DE SAN JUAN.

SEVILLA.

A mi querido amigo D. Federico Chiva.

Sevilla, la voluptuosa sultana, que llora sus perdidas glorias en un templo de flores, la ninfa del Guadalquivir, es uno de los mas bellos florones arrancados al árabe por las vencedoras armas del rey santo.

Sus mil jardines de rosas y claveles, de nardos y azucenas, exhalan un suavísimo aroma, perfumando el ambiente. Estamos en la noche del 23 de junio, víspera de San Juan y noche de velada.

¿No habeis sentido desarrollarse en vuestra alma esa facultad creadora, innata en todos, despues de haber leído una balada de Victor Hugo, escuchado una melodía de Mendelson, ó admirado un cuadro de Rafael? Pues venid con nosotros á la velada de San Juan de Sevilla; aspirad el perfume de aquellas flores; sentid la melodía de aquellas frases que se cambian ó se pierden; contemplad aquellas mujeres, hijas del sol; escuchad aquellos cantos que pueblan el aire, aquellas notas arrancadas de la dulce guitarra, y sentireis elevarse vuestra alma, y os sentireis poetas, y anhelaos crear; porque la noche de la víspera de San Juan es una balada, es una melodía, es un cuadro, cuyos detalles son obras maestras de grandes pintores reunidas en un mismo lienzo: cada pincelada es un conjunto de bellezas. Solo de este modo podreis formar una idea de lo que es la velada de San Juan.

Figuraos una estensa alameda, á cuya entrada se levantan majestuosas dos columnas de piedra, que son el pedestal de los famosos Hércules: esta alameda, rodeada de una guirnalda de luces, que á cierta distancia no parecen otra cosa los cien *aguaduchos*, y puestos de flores y buñuelos, que se levantan alrededor.

Acercaos mas, y vereis al lado de cada luz, hermosas mujeres, aunque algunas, negras como la noche; vereis ojos de fuego y en cada mirada tesoros de pasión; vereis labios aun mas rojos que los claveles que os ofrecen las lindísimas ramilletteras; sonrisas aun mas dulces que los reflejos de la luna sobre las aguas de un tranquilo lago; manos mas torneadas que las que sueña el escultor en sus momentos de entusiasmo; cinturas mas airoas que las de las sílfides, esas hijas del viento que vé el poeta cruzar por el espacio en la hora de los crepúsculos: vereis allí tambien figuras de majos y gitanos, con el sombrero calañés graciosamente inclinado hácia adelante ó hácia atrás, según la expresión amorosa ó provocativa que quieran dar á su semblante; vereis su cintura rodeada de una faja de seda encarnada, que hace resaltar la blancura de su bordada camisa y su rizada chorrera; vereis rostros morenos, casi cubiertos de patillas negras, al lado de rostros mas blancos y mas finos que el de un aristócrata. Escuchad un instante sus palabras, y las vereis engalanadas con la poesía mas dulce: hijas de su imaginación, tienen mil formas distintas, como son distintas las flores que se crean en sus vergeles.

Si cantan, admirareis sus trinos, que como los del ruiseñor son un privilegio de su alma, y no obra del tiempo y el estudio; si tañen la guitarra, no solo os hechizarán con los sonidos que la arrancan, os extasiará la gracia de su actitud, los movimientos de sus dedos, la expresión de su rostro.

Andalucía, Andalucía, tu eres el oasis del alma; quien tenga penas que se aduerne una vez bajo tus naranjales, que cruce sobre endebles barquillas tus caudalosos rios y escuche el canto de tus barqueros; que contemple la aparición del sol en tus campiñas; que pase una noche, una siquiera al pié de una ventana, sintiendo las miradas de una de tus hijas predilectas, y se consolará, y se renovará y volverá á su alma la fé si la ha perdido, y creará en el cielo; porque tú, Andalucía, sabes ins-

pirar la esperanza al corazón, como la mujer hermosa, de ojos apasionados que deja adivinar los tesoros de amor y de ternura que guarda en su pecho para el amante que sepa comprenderla.

Grupos en donde alternan los alegres hijos del pueblo con los mas encopetados señores; la mas desenvuelta gitana con la mas pulcra y remigada alumna de la educación, colocados aquí y allá con abandono, aumentan en belleza la perspectiva del gran cuadro.

Allí se oyen las voces de una riña que va á acabar en casa de Juanillo e montañés de la Alameda; mas allá las canciones de los *mositos* que festejan á sus queridas; aquí el confuso griterío de algunas gitanas que han cogido por su cuenta á un *seño de futraque*, y quieren hacerle tomar flores, y buñuelos y todo cuanto tienen.

—Ven acá, jermosísimo, ojitos de mi arma, tómame de mi hacienda, que los ricos debeis jaser argo por los probes.

—Ven conmigo, horniyta de mi amó, yo tengo aquí pa tí toitas las flores que se crían.

—Eh! muchachos... mirar aquí er generoso, que va á yevarse toos mis güñuelos pa que yo me vaya escuidá con mi curro.

—Eh! .. no le quites la voluntá... er seño es marqués, ma conosío en pañales, y ha venío á darme prata por mis craveres y mis riquierbos. ¿No es verdá, capuyito é mi jardín?

Y le cogen, y le llevan de un lado á otro, y le meten por los ojos su *hacienda*, y no tiene mas remedio que comprarla, porque si no... ¡Ay!... es mas temible escuchar el *Sinum bramador* del desierto, que las voces de aquellas hidras.

—Anda, Macabeo, premita Dios que ar dar un paso se escantiye er terreno, y te se quee enterra una pata.

—Premita Dios que te cases con una esaboria, y tu mujé te arrepeyizque.

—Y que te sarga un burto en er cogote.

Y demás maldiciones de este jaez.

Si vais con una hermosa, entonces les teneis que tomar ración doble, y tendreis que escuchar mas requiebros: entonces es cuando apuran su palabrería. Si sois amantes, gozareis con las predicciones que os hacen; si sois indiferentes os harán sonreír; pero si por vuestra mala suerte acompañais á un siglo menos cuarto, ¡ay!... huid, porque á vuestra pareja le dará un de-mayo, abrumado de sátiras, y á vosotros la intencion de pegaros un tiro.

Este es el aspecto de la Alameda de los Hércules de Sevilla en la velada de San Juan.

Abandonemos el bullicio, dejemos aquella atmósfera impregnada del aroma de las flores que hay en los puertos y del aceite de las calderas, aquel espacio poblado de gritos, de cantos, de murmullos, y recorramos antes de concluir este artículo, algunas de las calles de la ciudad.

Aquello es otra cosa.

Las ventanas están llenas de jóvenes hermosas con trajes blancos ó de colores, sentadas en los alpeizanes; sus cabellos, perfectamente peinados, sostienen preciosas dalias y olorosas clavellinas. Sus rostros respiran pureza y frescura; algunas, heridas por los rayos de la luna, parecerian hermosas esculturas, si no se movieran tanto y con tanta gracia; pero es en vano, porque pedirle á una andaluza esa quietud, es pedir á la alondra que no abandone su nido al nacer el alba, es pedir al arroyuelo que no murmure al deslizar por el Prado, es un imposible.

Pero, ¡qué encantadoras con la sencillez de su traje! ¡qué ojos aquellos que ruedan, por decirlo así, en sus órbitas, despidiendo rayos de luz! ¡qué bocas tan graciosas, entreabiertas como las flores antes de amanecer y exhalando el perfume de las rosas! ¡qué movimientos tan graciosamente combinados! ¡qué risas! ¡qué secretos al ver pasar á los gallardos jóvenes! ¡qué sonrisas en su rostro de alegría, de temor, de duda, de satisfacción, de amor, de celos! ¡ah! no hay mujeres como vosotras para ostentar la belleza que recibisteis de la naturaleza. Aquellas mujeres en las ventanas, parecen otras tantas flores del cielo.

Las feas en esta noche se esconden en lo mas recóndito de las casas: esta fiesta no es para ellas, es para las privilegiadas. Estas están en las ventanas, aquellas si abandonan su concha, es para confundirse en la Alameda con las gentes de todos rangos.

Los jóvenes, cargados con cartuchos de dulce, recorren en parejas las calles y se paran ante las mas hermosas vírgenes, y les ofrecen dulces y flores, que ellas aceptan con gusto si les agradan los ociosos manebos. Aquella prueba es el barómetro de su simpatía.

Cambian frases apasionadas, chispas que algunas veces suelen prender la llama del amor, ya en el pecho de una tímida joven, ya en el de un atrevido doncel. Generalmente, aquella noche es la noche de buscar novia.

La solemnidad de la fiesta aleja el insípido *Vd.* por el dulce *tú*, esa palabra robada á los ángeles, para expresar con verdad los sentimientos del alma. Aquel *tú* y aquella franqueza les hace confiarse, conocerse y amarse mutuamente; sí, porque cuando se dice á una mujer *te amo*, no es lo mismo que cuando con embarazo se murmura *le amo á Vd.*: aquella frase es hija del cariño probado, esta del presentimiento del cariño, ó quizá del capricho.

Quien haya pasado una velada de San Juan en Sevilla, ¡habrá podido olvidar su impresiones, y mas si ha estado hace años, cuando esta fiesta estaba adornada de todos sus atavíos? ¡Ah! nosotros, que hemos gozado deliciosos momentos en aquellas calles, escuchando aquellas frases celestiales de sus mujeres; nosotros, que hemos aspirado aquel ambiente en una noche de velada, jamás olvidaremos las delicias que sintió nuestro corazón. Solamente el recuerdo de aquellas horas tan breves como placerantes es bastante á alejar nuestros pesares, y á despertar en nuestra alma la inspiración.

Allí debiais ir vosotras, artísticas *pollitas* que frecuentais el Prado, y veriais cuánto mas valen los adornos sencillos con que cubren sus formas aquellas mujeres, las olorosas flores con que engalanan su cabello, y la lozania de su rostro, que vuestros trajes cargados de riquezas, que vuestras joyas, que vuestros prendidos y los afeites con que ocultais las galas de la juventud, que os ha concedido la naturaleza.

JULIO NOMBELA.

LOS DERROCADEROS EN EL VALLE DE PUSCHLAV.

En la falda meridional de los Alpes, en el Canton de los Grisones, país de fragosidad verdaderamente pintoresca, está situado el valle de Puschlav, notable por los contrastes de clima, puesto que en una distancia de pocas horas, se halla una alternativa de grandes ventisqueros, y una vegetación feracísima; y no menos por los derrumbamientos mas ó menos grandes de montañas, que en el transcurso de un siglo han ido repitiéndose hundimientos, que en unión del torrente estrepitoso Poschiavino, son causa de terribles devastaciones en los campos, tan cuidadosamente labrados por aquellos diligentes montañeses, y aun hubo algunos, particularmente en tiempos ya algo remotos, en que perecieron muchas personas; así, por ejemplo, quedó en 1445 el pueblecillo de Carera, que se encontraba en la parte superior del valle, y no lejos de la aldea Pisciadelle, completamente sepultado con el pico de una vecina montaña que vino abajo.

A media legua de Poschiavo, pueblo principal del valle, y por la parte meridional, hállase una grande colina denominada *mille morti*. Las tradiciones refieren, de que allí estaba situada la capital de aquella comarca, que contaba con una población de mas de mil habitantes, pueblo que desapareció por completo con las masas de tierra y los peñascos que se desprendieron de una inmediata montaña y constituyen ahora dicha colina. El nombre de *mille morti*, y el hueco que se observa todavía en la parte superior de la inmediata altura, prueban desde luego la verosimilitud de aquel a tradición. En el sitio en que se encuentra el lago de Puschlav, hubo en otro tiempo una hondouada muy profunda, hasta que derrocándose de la montaña la mole, conocida bajo el nombre de *motta grante*, vino á cegar la corriente del rio, formándose así el lago. Una mirada que se dirija sobre esta colina, compuesta de peñas y pedruscos sueltos, no deja la menor duda acerca de este suceso. Ya muy á la salida del valle, en donde se encuentra la pequeña aldea de Campocologno, se va este estrechando con los encrespados

montes rocosos que hay por ambos lados, los cuales despiden de vez en cuando grandes moles, que con estruendoso ruido vienen á parar muchas veces á los campos labrados, praderas y aun junto á las casas de los moradores del valle. El enemigo mas amenazador en esta parte, es para el enunciado pueblo, la formidable cúspide de la Peña, denominada *Sasso del gallo*, tanto por los grandes fragmentos que yacen sueltos sobre la cima, como por la naturaleza muy escarpada pendiente de la montaña, sin que obstáculo alguno impida el desprendimiento de aquellas enormes masas, que al fin con estrépito parecido á las detonaciones del trueno, invaden la llanura, llevando en pos de sí la desolación y el terror.

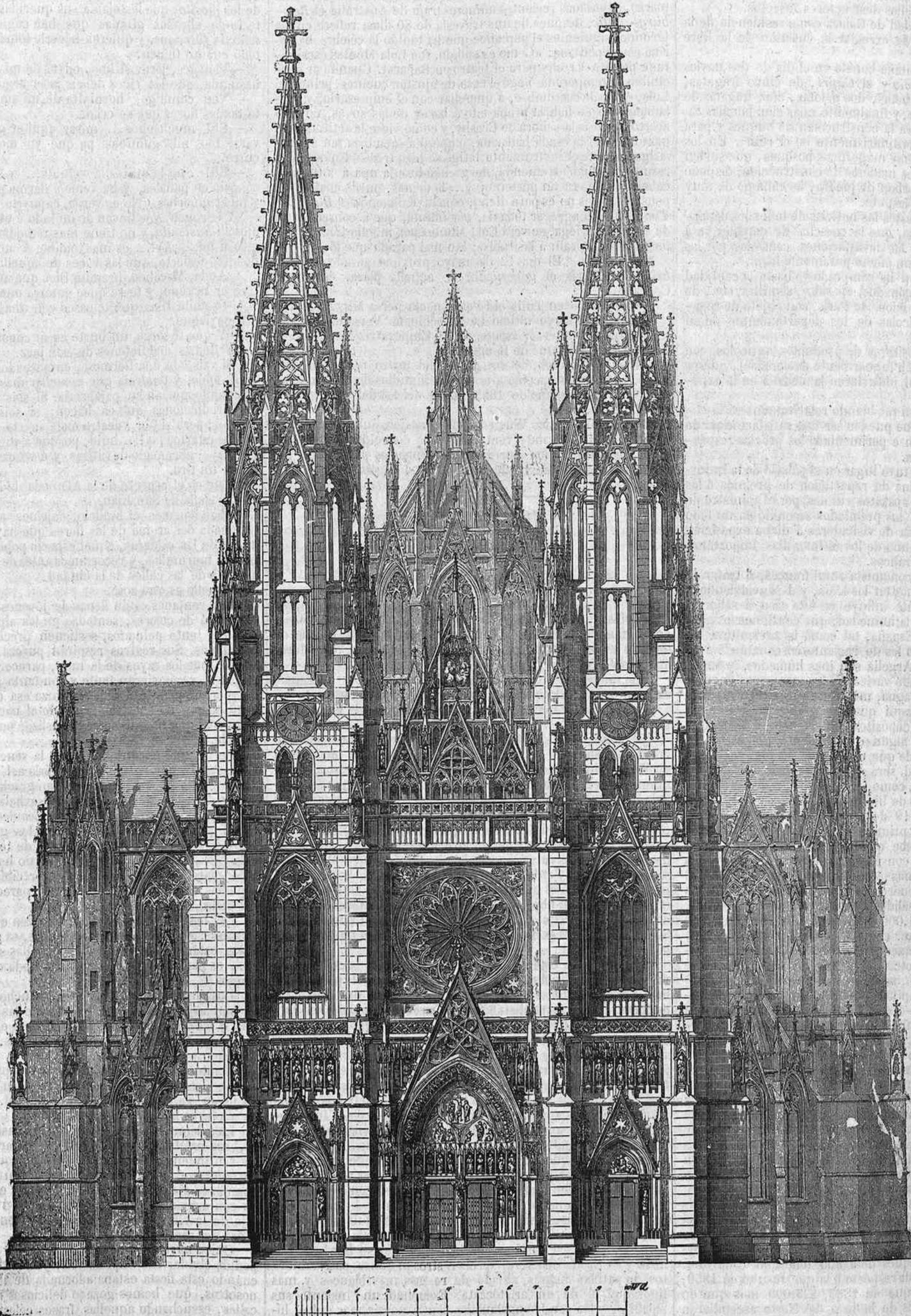
Sobre la cumbre mencionada se halla una cruz, la que segun vehementes indicios, vendrá dentro de poco á parar al valle. El 13 de febrero del presente año, sobre las ocho de la noche, se sobrecogieron los habitantes del pueblo al oír un estruendo formidable, que hasta produjo un temblor de tierra en todo el valle.

Grandes nubarrones de polvo envolvian la cresta de la montaña, por haberse desprendido una gran parte, precipitándose con un estrépito atronador al valle, y aun llegaron algunos pe-

zagados, que al fin fueron á descansar al llano, en donde reposaron en verdad con mayor calma, que no los habitantes de la amenazada aldea.

En la siguiente mañana vióse que las orillas del rio estaban encumbradas, hasta muy cerca de las casas, con un cúmulo de cenizas; pero el aspecto de la cima fatal auguraba la repetición de aquella catástrofe.

Efectivamente, en la madrugada del 13 de abril se verificó un nuevo derrumbamiento, á la sazón que



Iglesia votiva en Viena, segun el pl no del arquitecto H. Ferstl, despues de su conclusion.

ñascos de dimensiones colosales, hasta las inmediaciones de las casas. La grande oscuridad de la noche, la espesa é inmensa nube de polvo, que cubria todo el ámbito del valle, los chispazos que saltaban con el choque y rozamiento de las peñas al derrumbarse, el estremecimiento de la montaña y de las casas, produjo una impresion terrorífica en los moradores del valle, los cuales habian salido al campo, refugiándose en puntos seguros. Poco á poco cesaron aquellas espantosas detonaciones, la gente volvió á sus hogares, sin que con la tenebrosidad de la noche se hubiera podido practicar un reconocimiento, para á las diez de la noche, al grito de ¡toda la montaña se viene abajo! huyeron de nuevo; pero felizmente no fueron mas que unos peñascos re-

el artista, que vino á sacar el dibujo de aquel teatro espantoso, se encontraba en el pueblo. Luego que se hizo ya completamente de día, practicáronse, en compañía del artista, reconocimientos en la parte superior de la montaña. Subieron hasta la cúspide, en donde encontraron tales enviduras y un número tan crecido de fragmentos desprendidos y aun encumbrados unos encima de otros, que desde luego pudieron conocer que el peligro de nuevos desprendimientos era inminente. ¡Figúrese el lector cual sería el pavor que se apoderaría del ánimo de los exploradores, al contemplar aquel cuadro!... Aterrados se retiraron al ver en el *Caso del gallo* la hendidura de dos á tres pies de ancho llena de grandes pedruscos, hendidura que en estos últimos tiempos se ha abierto aún mas. Esta cúspide tiene precisamente que despenarse, y en ello convienen cuantos han visto el estado en que se halla. Su aspecto desde abajo no infunde temor; pero quien lo vé de cerca no puede menos de estremecerse. Sobre la meseta hay algunas praderas, fertilizadas por unos arroyuelos, que las cruzan en diferentes direcciones. De temer es que estas mismas aguas promuevan el desprendimiento, ¡ojalá! que este se efectuara parcialmente, como se ha verificado hasta ahora; entonces los daños y peligros no serian tan grandes: á lo menos habria alguna garantía, que los habitantes podrian poner á salvo su existencia, precipitándose empero la pena en globo, lo que podrá muy bien suceder con una recia tempestad, con un ligero temblor de tierra: desaparecerá por completo Campocologno con sus moradores.

EL ESCUDO DE TANNHAUSER (1).

La idea de combinar y resumir en escudos, por imágenes y símbolos plásticos y simbólicos, los hechos de otros hombres eminentes, la encontramos ya consignada en los poemas de Hesiodo, idea que tambien á su vez explotaron Homero y Virgilio. El célebre artista alemán Schwanthaler, construyó un escudo de Hercules, sirviéndole de tipo la descripción respectiva hecha por Hesiodo. Knoll, empero, no ha tenido para el de Tannhauser una imagen tan poética; sin embargo, ha conseguido combinar con admirable habilidad y gusto la tradición de los torneos de los afamados trovadores del castillo de Wartburg, con varios episodios de la mitología germanica.

(1) Véase la lámina respectiva en el número 391.

Tiene el escudo tres círculos á relieve y su correspondiente fondo. En el círculo superior encontramos á Tannhauser, como muchacho, asistiendo á la escuela de canto, despues como combatiente en el torneo de trovadores en Wartburg, luego le vemos petular en el peregrino que se dirigen á Roma, y finalmente nos entre los peregrinos que se dirigen á Roma, y finalmente nos mostrados á los pies de Papa, pidiendo perdon por su estancia en el Hueltemberg; súplica que no le fué acordada, y así abandona Tannhauser la ciudad eterna, exclamando: «¡Maria, madre mia, Virgen purísima, partir, sin perdon!... Voyme pues otra vez, y para siempre debó á la montaña.»

En las cuatro intersecciones están representadas: las figuras simbólicas de la fábula, de la historia, de la tradicion y la Germania. La tradicion lleva la varita del Pontifice romano, la que al tercer dia de haber dejado de existir Tannhauser, floreció.

UN CUARTO INTERIOR.

DEDICADO A SU AMIGO D. LUIS BARTHE,  
POR VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

CAPÍTULO PRIMERO.

Por cierta calle de Madrid, cuyo nombre se me ha olvidado, porque yo soy extremadamente flaco de memoria, atravesaban un dia dos mujeres; la una de cincuenta años sobre poco mas ó menos, pálida, triste y mediatunda; y de unos veinte la otra, simpática y bonita, serena, aunque no alegre, con la mirada firme y penetrante, aunque no viva y juguetona.

Hablare así deprisa y corriendo de la primera, pues á mí, como á cada hijo de vecino, se me van los ojos tras de la jóven. Llevaba aquella buena señora un vestido de yo no sé qué tela, porque en materia de telas, á pesar de haber tratado muchas modistas, no entiendo una palabra. Dispénseme el lector esta falta, que para adelante yo prometo hacerme hortera por un mes lo menos, para hablar del asunto como se merece. Respecto á la jóven... pero no; ¡si apenas he referido nada de la anciana! ¡Qué ganas tengo de salir de ella! ¡Pobre señora! He dicho que llevaba un vestido de tela indefinible para mí, y aun creo que para otros; diré que también llevaba un pañuelo mantón sobre los hombros y una mantilla de manto. El traje, segun las señas, no era una cosa del otro jueves, era el que convenia á la cara de su dueña, quien á la legua iba demostrando que pertenecía á la benemérita clase de viudas del Estado. Dábasele á ella, sin embargo, un ardite de ir tan humildemente pergeñada, y la preocupaban demasiado otros pensamientos para acordarse de la vanidad.

Á la jóven (ya llegamos á ella), sí se le hacia un poco mas doloroso no lucir un elegante vestido, en vez del que llevaba,

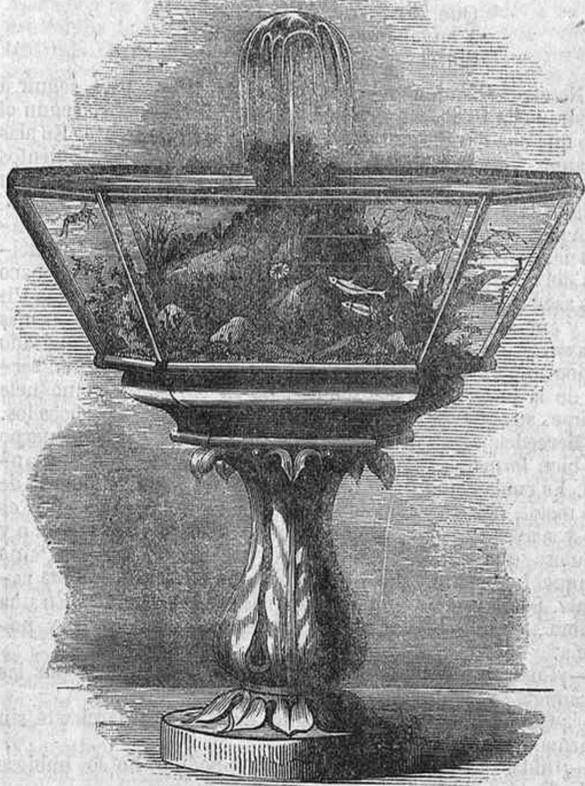


Mlle. Teisseire, en el papel de Cesarina.

... solo por su sencillez; pero esto no obstaba para que cuantos mozos transitasen por su lado se quedaran con la boca abierta al ver su esbelta cintura, sus contorneadas formas, su color blanquísimo, su boquita con labios de color de naranja, y sus grandes ojos pardos con dos niñas incitantes y habladoras.

—Pilar, dijo la señora mayor dirigiéndose á la jóven, tú que te ves mejor vista, observa bien todas las casas.

—Ya observo, mamá; no veo ningun papel.  
—¿Qué has de mirar, si vas pensando en las musarañas?  
—¡En las musarañas! ¡y pensaba en su amante! ¡Qué mal tratan siempre las mamás á sus futuros yernos! En cuanto huelen á suegras, son ya insoportables.  
—Mamá, dijo la jóven, allá arriba hay un solo balcon con papel.  
—Está el papel bien en medio ó á un lado? En este caso seria casa de huéspedes.  
—No señora, está en medio. Mire Vd.



Vaso para exponer y conservar plantas y animales marítimos.

—Ah! ya veo; pero temo sea caro para nosotras. En fin, preguntaremos.

Acercáronse hija y madre á una tienda de la casa, objeto de sus atenciones, y se retiraron apenas el tendero les dijo que rentaba una peseta. Siguiéron la calle hasta concluir, girando con el mismo cuidado los ojos en todas direcciones por ver si encontraban lo que apetecian. A los pocos pasos distinguieron al lado de una puerta un cartel, en el que habia manuscrito con letras gordas el siguiente anuncio: «Se alquila un cuarto interior principal á 2 reales.»

—Este ha de convenirnos, dijo la madre; barato y con poca escalera.

—Sí, pero tendrá poca luz, añadió la niña suspirando.

Acercóse la madre, sin oír este melancólico suspiro, á un zapatero que habia en el portal de aquella casa y le preguntó:

—¿Sabe Vd. quién tiene las llaves de ese cuarto?  
—Aquí debajo las tengo, contestó el hermano de San Crispin, levantándose de la silla; ¿van Vds. á subir?  
—Si señor, queremos verlo.  
—Corriente, siganme Vds., me parece que ha de venirles de perilla. Veinticinco escalones justos hay que subir solamente. Para Vd. que por la edad no querrá mucho ejercicio de piernas, esto es muy bueno. Ea, ya estamos dentro. Vea Vd. qué sala, grande y clara, con su correspondiente ventana al patio, la alcoba principal muy ancha tambien con otro ventanillo, otra segunda alcoba que puede servir para esta jóven...

—Sí, pero esta no tiene ventana, y me ahogará de calor en el verano, dijo la hermosa Pilar, por poner algun obstáculo.

—Al contrario, por eso mismo será mas fresca, repuso el zapatero; no entrará el sol en ella.

—Tiene Vd. razon, añadió la madre corroborando. A ver otra pieza.

—Aquí tiene Vd. la cocina; no grande, pero clara, con azulejos en el fogn.

—Me gusta, dijo la madre, que llamaremos ya por su nombre, Doña Estefana. ¿Y no hay mas habitaciones?  
—No hay mas que otra, que creo escusado nombrarla.  
—Sí... pi es señor, el cuarto me gusta.  
—¿No les dije yo á Vds. que darian con a horma de su zapato?  
—Y á tí, Pilar, qué te parece? preguntó Doña Estefana.  
—Yo... lo que Vd. diga, repuso la jóven de una manera que significaba: «lo que es á mí no me gusta, pero me someto á vuestra voluntad.»

—¿Y renta dos reales diarios? dijo al zapatero la madre.  
—Si señora; diarios todos los dias, teniendo siempre un mes en fianza y otro adelantado.  
—¿Qué condiciones tan onerosas!  
—¿Qué quiere Vd.! Ya no hay propietario que no las exija.  
—Es verdad. Nos quedaremos aquí. ¿Y hay buena vecindad?  
—Si señora; desde que se marcharon unas jóvenes que vivian abajo, de fachá no muy buena, que iban siempre muy emperregiladas, sin saber de dónde salian aquellas misas, desde entonces hay gente intachable. Solo en el cuarto segundo hay un viejo gruñon, tacaño y orgulloso, que nunca sale, que padece de la gota. En fin, ¿qué tal será él cuando aún no me ha dado á remendar un par de botas?... Para eso en el cuarto tercero vive un estudiante, guapo chico, mejorando lo presente.

—¿Y cuántos golpes se dan de noche para este cuarto?  
—Primer un repique y luego un golpe.  
—Ea, pues, voy á buscar un carro que traiga los muebles. Aquella noche misma durmieron ya en la nueva habitacion la hermosa Pilar y su madre.

CAPÍTULO II.

He dicho que durmieron, y he dicho una solemne mentira porque Doña Estefana pasó toda la noche en vela, melitando tristemente sobre sus penas y sus ahogos; y la bella Pilar no cerró tampoco sus párpados, pensando en aquel repentino cambio de domicilio, que la privaba de la vista de su amante y de una amiga querida, por el espacio de algun tiempo.

Habian vivido anteriormente en una de esas calles, que aunque distantes del centro, no dejan de ser pasajeras y alegres. Pagaban una peseta diaria por un cuarto tercero, y si bien no era la casa cómoda ni elegante, ni su estado precario era el mas consolador, vivian sin embargo medianamente, y Pilar, sobre todo, porque además de poseer un balcon, desde el que podia clavar sus hermosos ojos en los jóvenes que paseaban la calle, y telegrafear á su antojo con quien gustara, tenia por vecina una simpática niña de su edad, deidora y coqueta como ella sola, con la cual hablaba de sus amores, de sus bailes y todas sus diversiones, olvidando las penas que la aquejaban.

La fortuna, que es estremada siempre, lo mismo cuando da que cuando quita, y que acaso se habia empeñado en poner el termómetro de la felicidad de aquella familia á 12 bajo cero, no contenta con obligarles en otro tiempo á descender de un cuarto de 10 rs, á otro de 8, luego á uno de 6 y así sucesivamente, les hizo ahora enterrarse en un mezquino cuarto interior, sin sol, sin luz y con moscas.

La madre de Pilar no habia querido participar á sus vecinas sus intenciones de trasladarse á otro sitio, por evitar murmuraciones y cuchicheos, y por no ofrecer á ninguna la nueva habitacion. Su hija, al contrario, que deseaba no separarse de su amiga, la única verdaderamente tal a quien apreciaba, habiala dicho en secreto que trataban de mudarse; pero no pudo decir adónde, porque su madre, recelosa, le habia impedido volver á la antigua casa de pues de tomada la nueva.

Lo que, sobre todo, tenia mas desconsolada á Pilar, era otra cosa; era que habia desaparecido de aquella vivienda, sin poder decir la mas mínima palabra á su amante. Y se imaginaba ver al pobre hombre dar vueltas como un azogado por la calle, palmotear, silbar, meterse en los portales fronteros, y hacer todas esas maniobras que los enamorados acostumbra, al rondar al objeto de su pasion. Y ¿qué pensaba de la fidelidad y cariño de su amada, al ver que no le aguraba, como otras veces, sentada tras de las cortinas del balcon? Y qué haria al ver que ni con las señas mas notorias conseguia que saliese dócil á su llamamiento? ¿Cuánto no padecería, sospechando estuviese enferma, y (lo que es mas horrible) si el infame Satan se la representaba víctima de la viruela, con todas sus gracias perdidas? ¿Y si los celos le agujoneaban? ¡Ve todos mo los, decia Pilar, estará furibundo, se tirará de los cabellos, se estropeará aquella hermosa melena de leon que tiene, y aun sabe Dios si se amoscará y se irá con otra.



Mr. Levassor, en Roberto el Diablo.

Así la pobre niña temblaba y maldecía la hora fatal en que habia puesto los piés en aquella casa. Levantóse por la mañana con el rostro descolorido y los ojos llorosos mas que nunca; conocióse bien que no habia reposado nada aquella noche. La madre lo conoció tambien y le dijo:

—Pilar, tú no has dormido, tienes mala cara, estás muy triste. ¿A qué viene ese gesto, que desde que entramos en esta casa manifiestas?

—No estoy triste, es aprension de Vd.  
 —No me vengas con músicas, porque demasiado sé la causa de tu murria. Tú sientes que ciertas personas ignoren dónde vives.  
 —Sí señora, ya que Vd. lo dice, lo siento. Yo quiero mucho á Mercedes y desearia que viniese aquí.  
 —A Mercedes ya la verás; pero no es eso lo que á tí mas te duele. Hay otras persona, cuyas visitas apreciarías mejor.  
 —Tampoco lo niego; desearia verle.  
 —Y como este cuarto no tiene balcon para ese efecto, te fastidia y no te peta.  
 —Justamente. Si Vd. le permitiese entrar, no echaria de menos el balcon.  
 —Volvemos á la cuestion de siempre, Pilar; y te vuelvo á repetir. ¿Quieres decirme qué falta te hace á tí novio?  
 —Yo creo que una jóven de veinte años, bien puede tenerlo.

—Para casarse, sí; para tontear, no.  
 —Se casará cuando pueda.  
 —El es pobre, tú lo mismo. Desengáñate, Pilar, novios de esa especie, no te hacen falta.

La niña se echó á llorar; conocia que su madre no iba del todo desaminada, mirando las cosas bajo cierto aspecto; pero como en este pícaro mundo, cada cual las mira segun le convienen, Pilar tambien creia que á ella le sobraba la razon.

Doña Estefana tenia un genio endemoniado, como toda persona á quien la fortuna confunde y pisotea mas de lo regular, y yo disimularia á estos desgraciados, porque verdaderamente seria zanganada y media estar recibiendo bofetón y bofetón de manos del destino, y todavia reírsele uno en sus barbas.

Así pasaron los primeros dias en la nueva habitacion: la madre, siempre mohina y gruñona por el miserable estado en que se veia, y la hija melancólica y apenada porque no adquiria noticias de su amante. Algunas veces salió Doña Estefana dejando sola á Pilar, que entonces se deshacia en lágrimas con expansion. Parecía aquel cuarto un calabozo; no se sentia mas que la voz descompasada de alguna Maritornes, que de cuando en cuando atronaba los oídos con las canciones de su tierra. Al asomarse por la ventana, encontrábase con una pared por todos lados. La ausencia de su amiga la era á cada momento mas sensible: el recuerdo de su amante le atormentaba mas que nunca; y su madre, aunque no indiferente á sus penas, tenaz siempre en ocultar á todos su nuevo aposento, la privaba de ver aquellos objetos queridos de su corazón.

No tardó, sin embargo, en presentarse á Pilar una feliz ocasion para visitar á su vecina Mercedes y poner término á sus dolores. Jamás queria Doña Estefana permitirle salir sin ella, porque sabia por experiencia que una jóven sola por las calles de la corte, tan abundantes en vagos, siempre va espuesta á mil riesgos y peligros.

Si aun acompañada de su madre se atrevian algunos zánganos á molestarla con sus zumbidos, ¿qué no harian al verla libre de su autoridad?

—¡Si yo tuviera una criada como en otros tiempos! decia la buena señora, celaria por mi hija y la dejaria sin temor ninguno ir adonde quisiera...

Doña Estefana en este punto no pensaba como debia esperarse de su buen juicio. Una criada, acompañando á una señorita, no es mas que un nuevo reclamo que atraerá nuevos pájaros. Por otra parte, ¿dónde se hallará una con alma tan de roble que riña á los galanes de su señorita? ¿Y si al soslayo le dirigen tambien á ella, para contentarla, algun requiebro, como sucede generalmente? Es preciso desengañarse: una criada hace siempre un pan como unas hostias con su señorita. Las dos están en la edad del amor (porque hablo de las criadas jóvenes), y siguiendo la máxima, de hoy por tí, mañana por mí, se callan recíprocamente sus defectos. Todavía hacen mejores migas las criadas con los señoritos; pero esto no viene á cuento.

Ello es que Doña Estefana hubiese querido tener una buena ó mala que le aliviase algo en sus pesadas tareas. Era tanto el trabajo que la abrumaba, insoportable para su edad, que mal que le pesara, un dia tuvo que mandar á su hija con unas camisas á la tienda, que se las encargaba, y Pilar vió el cielo abierto porque salia sola.

—¡Cuidado que yo sepa que te entretienes en alguna parte, dijo la madre al despedirla, has de venir pronto.

—Sí señora, contestó Pilar, lanzándose á la calle loca de gozo, y diciendo entre sí: «Yo volveré pronto; pero no me quedo sin ver á mi amiga y saber de mi amante.»

### CAPITULO III.

Bajó Pilar las escaleras de su casa con tanta precipitacion y tan frenética alegría, que ni oyó «las buenas tardes» que con fina amabilidad le dió el zapatero, ni las acarameladas frases que la dirigió un jóven que se hallaba hablando con aquel. Este jóven era el estudiante con quien tanto simpatizaba el fabricante de botas y zapatos.

—¿Qué tal? ¿Le engañaba yo á Vd., D. Miguelito? exclamaba sonriendo con el estudiante.

—No, señor. Lucas, repuso este; es cosa buena, vale un Perú nuestra vecina.

—Todavía sé yo dónde me aprieta el zapato, y sé distinguir lo que vale y lo que no. ¿Vd. ha reparado los piés que tiene, sobre todo?

—Piés microscópicos, hechiceros.

—Apuesto á que no calza siete dedos. En fin, yo creo que alguna vez me encargará trabajo, y entonces sabré la medida fija.

—Dichoso Vd., Sr. Lucas! Apretará Vd. entre sus manos aquellos piececitos. Quisiera volverme zapatero, para ocupar vuestro lugar.

—Y yo quisiera volverme médico cuando asista Vd. alguna hermosa enferma de aprension.

—¿Qué pícaro es Vd., Sr. Lucas!

—¿Cuánto sabe Vd., Don Miguelito!

—Lo que sé es que voy á hacer el amor á la vecina.

—Bien hecho. Yo la haré... zapatos, si me los pide.

—¿Vd. sabrá por supuesto su nombre?

—Pilar ó llamarla á su madre.

—Pues desde hoy no pararé hasta zambullirme en ese pilar.

—Y olvidada Vd. ya á la Juanita del cuarto principal exterior?

—La tenia olvidada desde hace tiempo. Me revienta por su orgullo.

—Toda su familia es orgullosa; tienen á menos calzarse con

un zapatero de portal. Y al fin, ¿el padre, qué es? Un pobre empleado, que si mañana se le antoja al ministro, le pone las botas, ó por mejor decir, se las quita y se acabó; un nadie, un pelafustran, sino que ya se vé, hasta los gatos quieren zapatos.

—Pues si los quieren, hagáelos Vd., Sr. Lucas.

—Hombre, es un decir... un refran. Yo creo que me esplico; no bien, porque no soy estudiante; pero... para mi clase...

—Nada de eso, habla Vd. bien, amigo mio. Ea, me marchó, voy á pensar en los medios de declararme á la vecina.

—Ande Vd. con Dios, bu na pieza...

El estudiante subió á su cuarto, mientras el zapatero le cantaba con socarroneria la conocida copla:

Soy estudiante tunante  
 Que voy corriendo la tuna,  
 Y engañando á las muchachas  
 Sin casarme con ninguna.

Nosotros abandonamos tambien al Sr. Lucas para seguir á nuestra bella Pilar, á quien por mucho que corramos, segun el paso que ella llevaba, no podremos alcanzar tan pronto. En alas del amor y de la amistad, los dos mas preciosos sentimientos del hombre, que pudieran reducirse á uno, ha llegado ya á su antigua casa y ha dado á Mercedes un fraternal abrazo.

¡Ay! si yo pudiera darla otro lo haria sin escrúpulo de conciencia, carísimos lectores; y aun juraria que vosotros participais del mismo deseo, sin conocerla. Hareis bien: yo la conozco y os aseguro que la tal Mercedes es tan bella como su amiga Pilar, y aun si esta no me oyerá, me atreveria á decir que es mas todavia. Si á escoger me dieran entre las dos, no sabria á qué lado inclinarme. Forman un *ambo* que no lo cambiaba por seis ternos de la loteria. Las dos son *bocotto di cardinali*, como suele decirse, aunque los cardenales no deben probar tales bocados.

Mercedes es de una estatura regular; pero con un cuerpo tan bien formado, que trastorna cuando ella lo oscila á su antojo. Es rubia como una onza de oro, y no tiene la dureza de este metal, porque es blanda como un merengue. Su cutis es fino y suave; sus ojos, aunque azules, no son de ese azul frio y nebuloso, que el cielo ostenta en las mañanas de invierno, sino de aquel humeante y lleno de fuego, que observamos en la canícula. Sus labios de granate son gruesos é incitativos. En una palabra, es una buena moza, por esencia, presencia y potencia.

—¿Cuántos deseos tenia de verte! exclamaron á la par las dos amigas, poseidas del mismo cariño.

—¿Qué ingrata has sido! añadió Mercedes. ¡Marcharte sin decirme una palabra!

—¿Dudas acaso de que si hubiese podido no lo hubiese hecho?

—¿Pues qué te lo ha impedido?

—Voy á decírtelo en un momento, porque no puedo detenerme aquí mucho. Mi madre no quiere descubrir á nadie su nueva habitacion, y me prohibió verte, para que yo no te lo manifestase á tí y á tu familia y á otra persona... A propósito, ¿qué me cuentas de mi Pablo?

—¡Tu Pablo! muerto y desesperado por tu ausencia. Ayer mismo se me apareció á la puerta de casa, sudando como un pollo, á pesar de ser ya semi-gallo, y me dijo que habia corrido qué sé yo cuántas calles por saber de tí. Habia ido á ver al alcalde de barrio, y por no ser hora de despacho no le habia visto...

—Era el único que podia darle señas. Sin embargo, ya no las necesita. ¿Hoy vendrá él por aquí?

—Sí, no tardará mucho. Si te esperas, acaso...

—No puedo esperarme. Tú le dirás dónde vivo, para que procure ir por allá, así como tú creo que me harás una visita, diciendole á mi madre que has sabido nuestro paradero por una casualidad.

—¿Y se incomodará por eso?

—¿Qué disparate! Además, que si tú no quieres que te vea, puedes ir á las once, que acostumbra salir todas las mañanas.

—Corriente. Iré, que tengo muchas cosas que contarte. Hoy he traído cuatro al retortero!... ¿Qué risa!

—Habla de todo. Adios, querida Mercedes.

—Adios, Pilar.

Y volvieron á besarse y abrazarse con efusion. Cada beso dado por una mujer á otra, es para mí un desperdicio imperdonable!

### CAPITULO IV.

Pilar volvió á su casa, contenta como una Pascua, por haber visto á su única amiga y haber tenido noticias de su amante; pero el sombrío aspecto de su sepulcral habitacion llegó á sumirla pronto en el desconsuelo.

Sus hermosos ojos necesitaban abarcar un horizonte mas lato; su pecho no respiraba con holgura en una atmósfera tan reducida. El fastidio la devoraba.

Amaba ella á su madre con delirio; como huérfana de padre, la adoraba, como ella misma decia, por dos; mas á los veinte años el amor paterno no basta. Nuestro corazón pone en juego otras fibras, cuyos sentimientos no pueden ser contestados por un padre ó una madre.

La conversacion de Doña Estefana, monótona y desabrida, infundia sueño á su hija, que no encontraba en sus palabras novedad ni interés alguno. A los veinte años, el amor es el único que nos desvela, nos entretiene y no nos cansa jamás.

Pilar, despues de haber visto á Mercedes, esperaba á su Pablo de un momento á otro; al fin se cumplieron sus esperanzas.

A la mañana siguiente oyó dar en la calle una seña, que le era bien conocida, y frenética de gozo:

—El es, dijo; pero ¡ay! no recordaba que estoy en un calabozo, que no tengo un triste balcon por donde asomarme... ¡Dios mio! ¡Se irá sin verme!...

La pobre jóven se puso á llorar amargamente, ocultando su rostro con un pañuelo, para que su madre no lo advirtiera.

Entre tanto, su Pablo silbaba que era un contento, apostado en frente de la casa, hecho todo ojos y oídos, por si oia ó veia algo de su amada.

Era el futuro de Pilar un mozo alto y recio, de unos veinticuatro á veintiocho años, con una cara tan comun, que al verle se conocia desde luego que pertenecia á esa clase de hombres, en quienes la razon predomina sobre la imaginacion, generalmente serenos y graves, que viven en el mundo como el soldado en el ejército, sumiso siempre á la disciplina, mo-

viéndose á derecha é izquierda, haciendo marchas y contra-marchas á voluntad del jefe y nunca de motu proprio. Habia estudiado matemáticas, ciencia que, como sujeta á leyes invariables, le mostraba ya el camino que debia seguir, y le evitaba de un banquero, ganando 4,000 rs.

Pablo no concebía, que un hombre llegado á cierta edad pudiese vivir soltero, y así apenas cumplió los cuatro lustros se declaró á Pilar, confesando ante todo, que la enamoraba con el santo fin de contraer matrimonio en cuanto reuniera fondos suficientes, para lo cual soñaba con adquirir una cátedra.

Media hora estuvo aguardando alguna seña de su amada, mientras ella gemía como una Magdalena, maldiciendo los cuartos interiores y quien los inventó.

Al fin, por si acaso se habia equivocado en la casa, decidióse Pablo á interpelar al zapatero, quien con un ojo avizor ya habia distinguido al matemático, describiendo curvas alrededor de la puerta.

—¿Me hace Vd. el favor de decir si se han mudado aquí hace poco una madre y una hija solas?

—¿Cómo se llaman?

—Doña Estefana y Mercedes.

—¿Doña Estefana! hombre, creo que sí.

—Es una viuda de cincuenta años, salvo error de pluma ó suma; la hija es muy linda, de veintinueve.

—Sí, sí, viven en el cuarto principal interior.

—¿Y sabe Vd. si han salido? preguntó con amabilidad Pablo.

—La hija, no señor; al parecer sale poco. La madre ha venido de fuera hará un rato.

Convencido el amante de Pilar de que esta se encontraba en su habitacion, pensó que cuando no habia procurado acudir á su llamamiento, no le habria sido posible.

—No tengo mas remedio, dijo entre sí, que volver mas tarde. ¿Cómo ha de ser!

Otro jóven de carácter mas alegre y decisivo, habria intentado congraciarse desde luego con el cofrade de San Crispin, pero Pablo, juicioso y grave hasta lo sumo, no creia oportuno declarar tan á la ligera su secreto.

Retiróse de allí cabizbajo y meditabundo, mientras su apasionada Pilar esperaba que por alguna feliz inspiracion de su ingenio, haria llegar á sus manos un billete amoroso. Pasaron horas y horas, y sus ilusiones quedaban siempre desvanecidas. Terminó aquel dia y vino el siguiente, lluvioso y oscuro como nunca.

Doña Estefana se vió precisada á salir, y Pilar, entristecida y ansiosa, asomaba los ojos por la ventana de su lóbrega mansion, soñando con ver aparecer á su Pablo por do quiera.

—Por si acaso no ha comprendido bien las señas, decia entre sí la desconsolada joven, voy á cantar, y podrá ser que oiga mi voz. Y se puso á entonar una cancion alusiva á su estado, con un acento tan dulce y melancólico, que arrebatava.

Madre de mi alma,  
 Yo muero de amor,  
 En la estrecha cárcel  
 De un cuarto interior.  
 Mis ojos se anublán  
 De pena y dolor,  
 Porque no reciben  
 Los rayos del sol.  
 No hay mas que tinieblas  
 En mi derredor:  
 No veo aquel cielo  
 Donde espero ir yo.  
 Madre de mi alma,  
 Yo muero de amor, etc.

Mis rojas mejillas  
 Pierden su color;  
 Mi faz abandona  
 Su hermoso arrebol.  
 Aquel que por bella  
 De mí se prendó,  
 Si mis gracias huyen,  
 Huirá fiero en pos.  
 Madre de mi alma,  
 Yo muero de amor, etc.

Acerca tu mano  
 A mi corazón,  
 Que falto del aire  
 Su vida perdió.  
 Cual muere en la gruta  
 Solitaria flor,  
 Así, madre mia,  
 Muriéndome voy.  
 Madre de mi alma,  
 Yo muero de amor,  
 En la estrecha cárcel  
 De un cuarto interior.

No bien concluyó de cantar la última estrofa, cuando de uno de los cuartos superiores salió una voz de rana, fea y desigual, con la siguiente copla, tomada de una conocida zureuela:

¡Esa voz me enagena,  
 Me roba el alma:  
 Es la voz argentina  
 De mi adorada!

El estudiante de medicina, que mis lectores conocen, era quien cantaba esto. Pilar entendió la indirecta, y como no queria ser infiel á su Pablo, cerró su pico de oro, porque el resaca no creyera que deseaba cantar con él algun duo. Prosiguió abismada en sus pensamientos, y cuando ya no se acordaba del tenor de arriba, hé aquí que vé delante de su reja una carta pendiente de un hilo, que denunciaba á su remitente.

Aquella declaracion de tejas abajo, no disgustó á Pilar: era algo romántica.

—¿Pero quién será el autor de esta? decia ella: ¿tres días hace que aquí habito, y ya está enamorado de mí? ¿Será alguno que me conozca? ¿Será un ardido de mi Pablo?

Examinó la letra del sobre sin abrir la vidriera, y se convenció de que era un desconocido, pues su amante usaba una

letra regular y clara, y aquella era corrida y afarfullada. A pesar de eso, el demonio de la curiosidad, tan poderosa entre las mujeres, estuvo para triunfar de su firmeza. ¿Sería tan agradable leer una serie de lisonjas, en que se la declararía amor profundo y pasión profundísima? San Pablo, primer ermitaño, li-  
 terno, pasión profundísima de una infidelidad de su amante.  
 Pitar no cogió la epístola ni aun para leerla por pasatiempo; se separó de aquel sitio para evitar tentaciones, y se retiró á la alcaoba, donde, hasta que vino su madre, estuvo llorando des-  
 consolada.

(Continuará.)

Regalo al Dr. Arturo Hill Hassall.

Entre los hombres que en nuestros días se han consagrado con mayor empeño á favor del bienestar público, descuella en primera línea el doctor Hassall, quien con un celo imperturbable é inteligencia suma, se ha entregado al estudio é investi-  
 gaciones relativas á la adulteración de los alimentos (1), lo que en Inglaterra, sobre todo, se practica en términos que raya ya en lo increíble. El servicio eminente prestado por Hall á la huma-  
 nidad, ha merecido extraordinarios elogios y un aprecio particu-  
 lar. Así, por ejemplo, tributó una sociedad de individuos, el día 15 de mayo último, en la logia masónica de Londres, su especial veneración y gratitud, poniendo en sus manos un precioso regalo. En lugar del viscount Ebrington, que por indisposición no pudo asistir á este solemne acto, presidió lord William Lennox aquella asamblea, compuesta de mas de cien personas, entre las cuales figuraban muchos miembros del Parlamento, varios individuos de la alta aristocracia, y un considerable número de sabios y literatos.

Puso el presidente de manifiesto en un discurso muy elo-  
 cuente, los méritos extraordinarios del doctor, encareciendo espe-  
 cialmente la originalidad del sistema observado para llevar á cabo su trabajo, su energía y asiduidad sin límites. Desen-  
 volvió despues el orador la cuestion relativa á la adulteración de las sustancias alimenticias sólidas y líquidas, con una am-  
 plitud y precisión que nada dejó que desear, haciendo sobre todo resaltar los efectos perjudiciales, que estas falsificaciones ejercen sobre la sanidad y la moral pública. Concluido el dis-  
 curso, entregó en debida forma al Sr. Hassall el regalo. El obse-  
 quio espresó, lleno de emoción, su agradecimiento intimo por tan honrosa distinción, bosquejando á la vez un cuadro histó-  
 rico concerniente á la falsificación de los alimentos, impreg-  
 nando sustancias perniciosas á la salud, refiriendo ejemplos sorprendentes acerca del mérito imponderable de la aplicación del microscopio para el descubrimiento y análisis de las falsifi-  
 caciones. Aprovechó el momento para llamar la atención de aquella ilustre asamblea acerca de lo mucho que se debe á M. Wakley, por su arrojo en denunciar al público los nombres de los industriales y comerciantes, cuyos géneros al proceder al análisis, aparecieron mas notablemente adulterados con mez-  
 clas y composiciones nocivas.

El regalo, cuya copia presentamos en la adjunta lámina, envuelve un pasaje del poema de Milton, titulado el *Paraiso perdido*.

Representa, pues, al ángel Ituriel, como en su armadura, y lanza en mano, hierde con ella á Satanás, que en figura de sapo se colocó junto al oído de Eva, para consumir la tentación. El pasaje en cuestion se halla en el cuarto libro de aquel célebre poema, siendo su contexto el siguiente:

*Him thus intent Ithuriel with his spear  
 Touched lightly: for no falsehood can endure  
 Touch of celestial temper, but returns  
 Of force to its own likeness, up he starts.  
 Discover'd and surpris'd.*

La pequeña estatua es de plata, perfectamente ejecutada, y mide 3 pies y 6 pulgadas. En un lado del pedestal hay un bajorrelieve con un microscopio y otros instrumentos aparentes, para descubrir los ingredientes que han servido para la adulteración de los viveres: en otra se lee la dedicatoria á Arturo Hill Hassall. El dibujo de la estatua es exclusivamente del presbitero G. M. Braune, y ha sido modelada por M. Frerét.

La parte simbólica del dibujo no es de difícil explicación. Dice la alegoría: «el genio del bien, representado por el ángel, se sirve de la ciencia, espresada por la lanza, para el descubrimiento de la verdad, hiriendo maquiñalmente la mentira y el engaño de los falsificadores, representada en la figura del sapo.»

LA PROCESION DE LAS DANZAS

EN ECHTERNACH.

Tal como en otro tiempo habia acudido al templo de la Abadía de Echternach, cabeza de partido en el distrito de Grevendyck, en el Gran ducado de Luxemburgo, situado sobre la orilla izquierda del Sauer, á siete horas al N. E. de Luxemburgo y cuatro y media al S. O. de Tréveris, concurre hoy día todos los años el martes de Pentecostés, á la iglesia parroquial del propio pueblo, una procesion, denominada de las danzas ó de los santos danzantes.

Ya en el siglo XIII tuvieron lugar numerosas peregrinaciones á la tumba de San Wilibrod, como lo demuestra una bula del Papa Inocencio IV, por la cual concede una indulgencia de cuarenta días á todos los fieles que devotamente visitasen el martes de Pentecostés el sepulcro del Santo. Entonces, no habia la procesion con danzas, la que segun tradicion, tuvo lugar por vez primera en el sig. XIV. La crónica de Limburgo de Romheim Padromo II, dice en la página 1006, que en 1374 habia reinado en los arzobispados de Tréveris y de Colonia, y aun en otros puntos de Alemania, una enfermedad denominada el baile de San Victor, cuyo nombre tomó de una capilla consagrada á

este Santo cerca de Ulma, en el reino de Wurtemberg, á la que acudian muchos peregrinos enfermos para lograr por su intercesion el restablecimiento. De aquí el pensamiento de peregrinar tambien con el propio objeto al sepulcro de San Wilibrod, en Echternach. Como los acometidos de aquella enfermedad se entregan á movimientos desordenados y convulsivos, que se sucedian mas ó menos rápidamente, hasta que fatigado ya el enfermo caia desfallido en tierra, creia la gente que danzando y brincando espontáneamente, y rezando á la vez la oracion oportuna, se libraria de tan terrible enfermedad, y de esta circunstancia se puede aducir el origen de la procesion de las danzas. Lo cierto es que estos actos religiosos tuvieron lugar en el siglo XVI, pues el historiador que se ocupa de este asunto, el Doctor Miguel Francisco José Muller, consejero del tribunal de Apelacion de Tréveris, muerto en 1848, ha visto todavía un cuadro del año de 1533, que representa la procesion de que venimos tratando. Otros pretenden que la procesion de las danzas en Echternach tuvo su origen, á consecuencia de una enfermedad general que acometia en la provincia prusiana Eifel á los ganados, de la que sucumbieron casi todos, y cuyo carácter principal fueron tambien unos movimientos convulsivos. El pueblo acudia en procesion á San Wilibrod en Echternach, para con su mediacion obtener de la divina Providencia la pronta estincion de tan terrible azote. Mas tarde tenian semejantes peregrinaciones el objeto del cumplimiento de algun voto especial en casos de enfermedad, ú otros reveses en la familia.

El punto de reunion de la procesion del martes de Pentecostés ha sido siempre el puente de Echternach, y acompañada de muchas bandas de música, rompien la marcha los peregrinos y peregrinas, y agitando los cuerpos al compás y cadencia armónica de los instrumentos, avanzaba poco á poco en la carrera.

Desde el enunciado puente hasta la iglesia tardaba la procesion de las danzas por lo regular dos horas, y conforme entraban los peregrinos en el templo, se prosternaban todos para entregarse un ratito á la oracion. En otro tiempo, antes de postarse daban primero, danzando, tres vueltas por el interior del templo de la abadía, colocándose los que llevaban los estandartes y pendones, debajo de la grande araña, en la que ardian hasta 72 cirios. En seguida empezaba la misa mayor, celebrada con una solemnidad extraordinaria. Los peregrinos de Waxweiler disfrutaban del privilegio el puesto preferente, ya que se les brindara durante la procesion con pan y vino, haciendo tambien de vez en cuando á los demás peregrinos, partícipes de este obsequio. Esto dió lugar á abusos y deslices: de aquí que el arzobispo y príncipe Palatino de Tréveris, Clemente Wenceslao, se viera precisado el prohibir en 1777 las procesiones de Echternach porque aun durante todo el día y noche inmediata, resultaban muchos excesos en las tabernas, calles y plazas públicas, disposicion que sancionó la emperatriz Maria Teresa.

Desde 1778 quedó definitivamente abolida la danza en la procesion de Echternach. Cuando el emperador José II, por edicto fecha 12 de febrero de 1790, volvió á permitir las procesiones, prohibidas todas por él en 1786, se reprodujo tambien en Echternach la procesion de las danzas del martes de Pentecostés, hasta que los franceses, por la ley del 7, Vendimario IV (ó sea 29 de setiembre de 1795), la prohibieron del todo. En 1802 renovóse la antigua costumbre, presentándose en la procesion de aquel año hasta 2978 peregrinos danzantes, con 74 bandas de música, y así continuó en los años próximos venideros. En 1812 se contaron hasta 12,678 personas, y aun en estos últimos años subió el número de los concurrentes, á veces á 8000 peregrinos, procedentes del Gran ducado de Luxemburgo, de la provincia de Eifel, del Mosela, del Saar y de paisés aun mas lejanos.

Para terminar nuestra reseña séanos lícito mencionar todavía, de que tambien en Prum, ciudad de los estados prusianos, tuvo lugar en otro tiempo, el día de la Ascension del Señor, una procesion con danzas, parecida á la de Echternach. (El cronista Otter hace relacion de un milagro que ocurrió en la procesion del año de 1316). Esto prueba, al menos, de que ya en el siglo XIV existia esta ceremonia religiosa. Tal como en la procesion de Echternach, tenia tambien en la de Prum la parroquia de la Waxweiler la preeminencia de ocupar el puesto preferente en el coro de las danzas. Ya algunos años antes de haber Clemente Wenceslao entredicho la procesion de Echternach, habia este mismo prelado prohibido la procesion de la Ascension del Señor en Prum, por los motivos que mas arriba dejamos consignados.

La iglesia votiva en Viena.

El día 27 de febrero próximo pasado habian cumplido justamente los tres años desde que se concibió el primer pensamiento de construir una iglesia votiva, en accion de gracias á la Divina Providencia, por haber esta tan milagrosamente salvado la vida del jóven emperador de las manos de un asesino vil. En la propia época que dejamos consignada, espidió el archiduque Fernando Maximiliano, principal promovedor y móvil de tan sublime y bella empresa, una proclama á todos los habitantes de la monarquía austriaca, invitándolos á que le secundasen á llevar á cabo este propósito. La proclama invitatoria, concebida en términos muy á propósito á despertar el entusiasmo, halló un eco asombroso en todos los ángulos del imperio; tanto, que á fines del año de 1853 disponia la comision administrativa de la empresa ya de 1.015,386 florines de donativos espontáneos, sin contar 31,000 florines; mas 148,165, que de otra procedencia habian ingresado. En 31 de marzo de 1854 habia el fondo total tomado ya tal aumento, que desde luego se pudieron destinar para la construccion de las obras exteriores del templo la suma de 1.500,000 florines.

Para facilitar el desempeño mas cabal del cometido de la junta directiva, nombróse otra de aventajados artistas, la cual tuvo en primer lugar que ocuparse en la fijacion definitiva del plano y programa de construccion, con el estudio de la cuestion local, etc. etc. Abrióse concurso público para que, tanto los arquitectos del imperio austriaco, como del extranjero, presentasen un plano en estilo gótico, con dos torres, espacio interior calculado para contener cómodamente 4 á 5000 personas;

sin tribuna ni galerías; un coro, altar mayor, dos laterales, y sitio para otros si acaso se quiere colocar mas. El premio que se señaló para el que, á juicio de la comision examinadora, presidida por el archiduque Maximiliano, hubiese presentado el plano mejor, era de 1000 ducados. Tambien fué consultado respecto al mérito de cada uno de los planos presentados, al rey Luis de Baviera, el ilustre Mecenas de las bellas artes en Alemania.

Mereció la preferencia el que remitió desde Roma el jóven arquitecto Enrique Ferstl, alumno de la Academia de bellas artes de Viena, que á la sazón recorria la Italia para ampliar sus estudios y conocimientos de profesion. Los planos que con mucha justicia fueron declarados dignos competidores mas inmediatos del de Ferstl han sido: el enviado por el señor Statz y el señor Schmidt, ambos vecinos de Colonia. Merecieron igualmente el *accessit* los concurrentes siguientes: señor G. G. Angewitter, profesor de arquitectura en la escuela superior de Industria de Cassel; G. Doderer, arquitecto y profesor de la academia de ingenieros del ejército imperial austriaco de Klosterbruk, cerca de Znaim; F. J. Schmidt, arquitecto de Bamberg; F. Kirschner, id. de Viena; C. Römer, id. de Viena; y A. Langer, de Breslau. Fácil es de concebir que en una competencia tan grande, pueden solo resultar muy pocos vencedores: á los que no tienen tanta dicha, debe empero servirles al menos de grata satisfaccion el haberse comprometido en tan honrosísima lucha.

Despues que en presencia del archiduque Fernando Maximiliano, se habia colocado el día 24 de abril próximo pasado la primera piedra, desplegóse una actividad extraordinaria para la ejecucion de las obras de este templo, cuya empresa es debida á la piedad tradicional de la augusta casa imperial de Austria.

UN VIAJE A SIMANCAS.

Todos mis lectores conocerán, aunque no sea mas que de nombre, el pueblo de Simancas, por lo mucho que figuró en la antigua historia de Castilla, y sobre todo por su Archivo, que es uno de los mas ricos del mundo, pues entre millares de documentos curiosos, contiene las famosas cuentas de Gran-Capitan. Yo que tuve el gusto de nacer á ocho leguas de distancia del tal Archivo, tuve tambien la pereza de no visitarle hasta mucho tiempo despues de mi permanencia en Madrid; porque así somos los españoles; solemos emprender largos viajes para tener el gusto de satisfacer un capricho, y la mayor parte de las veces ignoramos lo que pasa en la calle en que vivimos, por no tomarnos el trabajo de asomarnos al balcon.

Verdad es que cuando yo tomé la diligencia para trasladarme al susodicho pueblo, era porque necesitaba sacar algunos apuntes del mencionado Archivo. Pero sea como quiera, yo hice mi viaje, que me costó treinta horas de traqueteo en la maldita diligencia, lo que no me pesa, pues quedé bien pronto agradablemente sorprendido, no tanto de las curiosidades del espresado Archivo, como de la gente del indicado pueblo. Hay en el tal establecimiento papeles importantes, de donde se pueden sacar importantes apuntes; pero yo no saqué tales apuntes, por no tomarme la pena de descifrar tales papeles. ¿Quién se atreve á penetrar en aquel laberinto? Si solo estuviera el quid en la diversidad de lenguas que allí figuran, podia uno arrostrarla dedicándose algun tiempo al estudio; pero la dificultad de encontrarse á cada paso documentos en idioma lemosin, con comentarios en la antigua fabla de los abuelos del Cid Campeador y notas en árabe, es inferior á la de comprender aquella letra antigua, que mas que letra, parece unas veces greca y otras línea espiral formada por una sucesion de rabos de pasa. Yo abandoné mi empresa de sacar apuntes del Archivo para estudiar los del pueblo, que son menos difíciles y no menos curiosos.

Lo primero que me llamó la atención fué el recuerdo de una muletilla, comun entre los castellanos, cosa que yo habia olvidado despues de quince años de ausencia, y la cual consiste en satisfacer á muchísimas preguntas con esta respuesta, que es una especie de comodín: «velay.» ¿Qué quiere decir velay?

Por poco que analicemos esta palabra, comprenderemos que viene del verbo *ver* y del adverbio de lugar *ahí*, de modo, que uniendo el verbo en imperativo de segunda persona al pronombre *lo* y al espresado adverbio, resultará este compuesto *vee-lo-ahí*, ó simplificando, *vee-lo-ahí*. La gente de los lugares, que siempre tiene hambre, y no solo come jamones y chorizos para saciarla, sino las principales palabras de cada oracion y las mas preciosas letras de cada palabra, debió suprimir ó comerse poco á poco una *e* del verbo, la *o* del pronombre y la *h* del adverbio; con lo cual, y con sustituir la *y* griega á la *i* latina, convirtieron la espresion castellana de *vee-lo-ahí* en el modismo provincial de *velay*. Este modismo se emplea siempre y en todos los casos y para responder á toda clase de personas, sin reparar en la falta de desatencion que se comete cuando se dirige á un sujeto, á quien se debe tratar por lo menos de *usted*; esta alocucion que, aun siendo aceptable, solo deberia usarse entre los que se tratan de tú, ó tú por tú. Así, si ustedes preguntan á cualquier vecino ó vecina de Simancas á go que les interesa, se quedarán en ayunas al oír la sola contestacion de *velay*, que es la infalible; y sin embargo, esta espresion tan determinada, sirve entre aquellas gentes sencillas, á los unos para indicar lo que quieren decir, y á los otros para saber lo que deben entender.

Lo primero que un hombre hace cuando llega á un pueblo donde piensa permanecer algun tiempo, es buscar una habitacion, una casa de huéspedes, una posada en fin, y lo primero que hice yo cuando llegué á Simancas, fué lo primero que hace todo el mundo con quien no siempre he estado en desacuerdo. Tomé, pues, un cuarto amueblado, y mientras ponía mi equipaje en orden, oí que mi patrona decia á una amiga suya:

—Chica, estoy de enhorabuena.

—¿Por qué?

—Porque acaba de hospedarse en mi casa un francés.

Com en aquella casa tan pequeña era imposible que hubiese mas huésped que yo, me llamó la atención lo que decia mi patrona, pues era muy raro que hablando yo la lengua caste-

(1) Hassall es el autor de la importante obra: *Tood and its adulterations* que bajo el título de: *Las falsificaciones de los comestibles y las bebidas*, ha sido publicado en idioma alemán en Leipsik.

llana con su mas puro acento, me tomasen por francés. Hecha esta reflexion me quise persuadir de que no se trataba de mí; pero pronto me convencí de lo contrario, pues saliendo al portal vi que la patrona, señalándome con el dedo, dijo á su vecina:

—Este señor es el francés de quien yo te hablaba.

—¿Cómo que francés? contesté yo inmediatamente; pues ¿no vé Vd. que hablo en español?

—Sí señor.

—Pues luego, ¿por qué me llama Vd. francés?

La pobre patrona hubiera querido darme una respuesta satisfactoria; pero no queriendo meterse en honduras de donde no pudiera salir, contestó á mi última pregunta con la consabida muletilla de:

—Velay.

Entonces fué cuando recordé verdaderamente que me hallaba en Castilla, en aquella tierra donde pasé mis primeros años, y el estribillo de *velay* que yo había empleado tantas veces, me hizo prorrumpir involuntariamente en una carcajada. Lo cierto es que mi patrona me dejó á oscuras con su respuesta, y me hizo cavilar mucho la idea de que en mi patria me llamasen francés, cuando hasta en Madrid conocia todo el mundo por mi acento, que había nacido en los alrededores de Simancas. Bastante tiempo tardé en averiguar la razon que mi patrona tenia para llamarme francés, sabiendo que era español; pero vi que á todos los demás españoles que estaban por temporada en aquel pueblo les llamaban franceses tambien, y voy á explicar á mis lectores esta costumbre de los habitantes de Simancas.

Haria tres ó cuatro días que bullia esta idea en mi mente, sin encontrar ninguna razon satisfactoria, y sin concebir que existiese esta razon, cuando oí este otro dialogo entablado entre mi patrona y una vieja, amiga suya:

—Buenos dias, Matea (este era el nombre de mi patrona).

—Téngalos Vd. muy buenos, tia Calesparra (este era el mote de la vieja.)

—¿Qué haces de bueno?

—Yo, ¿qué quieres que haga? Nada, esperando á ese francés de Valladolid, que se fué la semana pasada y quedó en volver antes de ocho dias.

Al oír yo estas palabras, sali de mi habitacion, y dirigiéndome á la vieja, dije:

—Señora, ese sugeto que Vd. espera, ¿no dice Vd. que es de Valladolid?

—Sí señor.

—Pues entonces, ¿cómo le llama Vd. francés?

—Velay.

—Quedamos enterados. ¿Qué quiere Vd. decir con velay? —Yo le diré á Vd., señor; en mi tiempo no venian á sacar papeles del Archivo mas que los extranjeros, y como sabe usted que en España llamamos franceses á todos los extranjeros...

—Ya entiendo.

—A todos los señoritos forasteros que veíamos entrar en el Archivo, los llamábamos franceses. Despues han dado en venir españoles; pero nosotros conservamos la manía de llamar franceses á todos los que traen algo que hacer en el Archivo, con que... velay.

Podia yo haberme devanado los sesos toda mi vida, que seguramente no hubiera encontrado la razon de la sin razon, como decia Cervantes, y sin embargo, la vieja me dió toda la explicacion que yo pudiera desear, para comprender que habia cierta lógica en la rutinaria calificación de francés con que me habia honrado mi pobre patrona.

Estas pobres mujeres eran, en efecto, sencillas, incapaces de soltar una palabra con ánimo de ofender á nadie, generosas hasta el punto de quedarse sin comer por hacer un obsequio á cualquiera, y con decir esto tienen mis lectores una idea de lo que es en general la gente de Castilla; pero al mismo tiempo, lo diré francamente, hay tan poco aseo en aquellos pueblos, como podrán Vds. comprender por esta singular aventura.

Al dia siguiente de mi llegada á Simancas, me levanté un poco tarde, porque necesitaba descansar de la fatiga del viaje, si bien debo decir, que yo no necesito estar muy cansado para levantarme tarde. Además, la hija de mi patrona, que era una muchacha de catorce á quince años, me estaba regalando el oído con una nueva cancion de la jota aragonesa, que cantaba mientras zurcía unas medias; pues debo decir de paso, que el pueblo castellano es eminentemente poeta y músico: allí se oye cada cuatro dias una cancion nueva, que parece insuperable, hasta que viene otra que siempre es mejor; siendo digno de notarse, que ni los que componen dichas canciones son músicos de profesion, ni puede averiguarse nunca quién sea el autor de aquellas canciones, que harian honor al genio de Rossini. Por otra parte, los cantos no solo son magníficos, porque son realmente inspirados, sino por la ejecucion. La gente de los pueblos que respira el aire puro de los campos, goza generalmente de una constitucion robusta, desarrollando el pulmón de tal modo, que allí es donde podían hallarse á centenares y por poco dinero esas pocas voces privilegiadas que se oyen tan rara vez y cuestan tan caras en los teatros de las grandes poblaciones. Con esto que llevo manifestado se comprenderá fácilmente el gusto con que yo descansaría, arrullado por una preciosa voz que interpretaba una cancion incomparable. Por fin, recordé aquella virtud que dice: «contra pereza, diligencia,» y me vestí con ánimo de dar un paseo. Ante todo me dirigí á la muchacha que cantaba, preguntándole quién era el autor de aquella cancion.

—Toma, dijo la muchacha, ¿qué se yo?

—Pero Vd., repuse, ¿quién se la ha oído primero?

—Yo, dijo, á mi madre.

Justamente en aquel momento llegaba la tia Matea, á quien hice las mismas preguntas, resultando de todas mis investigaciones, que seria de todo punto imposible conocer el origen de los deliciosos cantos que cada dia se oyen en aquellos pueblos. Entonces supliqué á la tia Matea que me hiciese el favor de traerme agua para lavarme, y la buena mujer, mirándome de hito en hito, se quedó como asombrada de lo que acababa de oír.

—Vamos, dije, haga Vd. el favor de traerme agua para lavarme.

—Pero, señor, contestó sencillamente la tia Matea, ¿no se lavó Vd. ayer?

Por esta respuesta conocerán Vds. la falta de aseo á que aludí antes, y por el artículo que insertaré en el número inmediato haré ver que, á pesar de todo, no deja uno de pasar muy agradables ratos entre los pobres aldeanos de Simancas.

J. M. VILLEGAS.

## LUIS DE GLENVEZ.

(Conclusion.)

Habia adivinado la verdad. El mismo no lo supo jamás; mas sea lo que quiera, como su explicacion no carecia de verosimilitud, los marineros parecieron admitirla sin repugnancia.

—Media hora despues de esto encalló la falúa en la arena de la bahía.

Saltó el baron en la playa y corrió hácia el castillo, que estaba enterrado en la oscuridad de las tinieblas, sin que se distinguiese en los alrededores mas que los palos de los pinavetes aislados, en los cuales investia el viento produciendo un mur-



El angel Ithuriel.

mullo lúgubre. Cuando el desterrado hubo salido del bosque hueco y entrando en el cercado, se le avanzó un perro guardián ladrando; pero aquel animal inteligente, no bien se le acercó y olió, reconoció en él á su amo, ausente hacia tres años, y se calló, siguiéndole silencioso y haciéndole mil caricias.

Antes de llamar á la puerta quiso el baron dar la vuelta á la casa y recorrer las calles y el prado, y lo verificó á favor de los relámpagos de la tempestad, que estaba en aquel momento en toda su fuerza, y fué á la esplanada.

Se sentó, lleno de agitacion, en el mismo banco en que tenia costumbre de descansar con su esposa en las serenas noches de verano: vió la vieja higuera y los dos pinos enlazados por sus copas, imágenes gratas y familiares de su retiro. El mar se estrellaba impetuosamente bajo sus ojos; pero en aquel momento ¿qué le importaba ya el furor del Océano? Pisaba el suelo natal y se encontraba en el nido paterno: todo lo que le rodeaba le era caro y propicio. Con un rasgo de imaginacion consideró los años de su espatriacion, sus largos viajes, sus trabajos, sus fastidios, las tempestades, los combates, y al recorrerlos gustó el gozo de volver á empezar una nueva vida.

Por la ventana del piso principal, por aquella ventana que fuera tantas veces el marco de la pareja amorosa, vió la pequeña luz que resplandecía con mayor fuerza.

«Allí está ella despierta, ó dormida; pero desde ahora toda mia: hé aquí la cuna de Olivier. ¡La encontraré mas bella despues de tan larga separacion! ¡Caro hijo, qué grande me parecerá! No quiero abandonarme repentinamente á esa felicidad,

que tengo ya en mi mano; voy á dar lugar á que mi corazón deje de palpar en mi pecho! Voy á esperar que llegue el dia, tendiéndola mis brazos.»

El señor de Glenvez habia olvidado sus penas pasadas, y á la vista de aquella casa silenciosa, y cuya alma parecia ser la luz que se veia en el primer piso, se sentia consolado y tranquilo. —¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó acercándose á largos pasos á la puerta y bajándose para besar el umbral de granito; recompensaría mil años de padecimientos. Este momento dichoso levantó la mano para coger el cordon de la campanilla, y despues dudó como un chiquillo.

—No, la perturbaria en su sueño apacible, se dijo. Pero no pudo ya contenerse y tocó.

El ruido de la campanilla renovó en aquella mansion silenciosa los ecos adormecidos, y su sonido se fué propagando de corredor en corredor hasta perderse á una distancia misteriosa; ladró un perro en lo interior, y todo volvió á quedar en silencio.

El baron, que estaba en una exaltacion delirante, esperó con impaciencia inesplicable que alguno respondiese á su llamada.

A los cinco minutos abrieron muy despacio y sin hacer ruido.

—¿Quién está ahí? gritó una voz que el baron conoció al momento.

—Soy yo, replicó con voz baja; soy yo, Daniel, soy yo, amigo mio, es tu amo Luis de Glenvez.

—¡El señor baron! repitió la misma voz que concluyó en su profundo sollozo. ¡Oh Jesus, Dios mio!

Se abrió la puerta al momento y se cerró despues de entrado el castellano; y el perro que quedó de la parte de afuera, dió entonces un aullido prolongado.

El criado no decia una palabra; pero si el señor de Glenvez hubiera podido ver su fisonomía á la luz de la linterna que llevaba en la mano, se habria sorprendido de su palidez cadavérica.

—Daniel, amigo, llévame luego al cuarto de la baronesa. Dormiré sin duda...

—Sí, duerme, respondió el anciano criado sin detenerse.

—¿Y Olivier está guapo? ¿ha crecido? ¿piensa alguna vez en su pobre papá?

—El señor Olivier es un excelente chico, señor baron: será el consulo de Vd. durante su vida.

—Daniel, ¿con qué tono lúgubre me dices eso! No obstante, el baron habia llegado ya á la puerta del dormitorio de su mujer é hizo el ademán de llamar.

—Voy á despertarla; pero me perdonará, ¿no es verdad? Un pobre desterrado merece alguna indulgencia.

—Llamó en efecto, pero nadie respondió, repitió y sucedió lo mismo.

Sobresaltado y fuera de sí el señor de Glenvez, se volvió hácia el criado, que habia dejado la linterna en el suelo y se tapaba la cara con las manos.

—¿Qué significan esas lágrimas? Daniel! habla, ¿alguna nueva desgracia me está todavía reservada? ¿Madama de Glenvez no está en casa?

Daniel prorrumpió en un amargo llanto.

Y en el acto el desterrado abrió bruscamente la puerta del cuarto.

Ardia un cirio colocado sobre una mesa puesta al lado de una cama, en la que veía una mujer tendida y cubierta con un velo; su rostro tenia la palidez de la cera, y sus facciones la imponente inmovilidad de la muerte.

Acercóse el baron al cadáver, y sorprendido, dió un horrible grito:

—¡Está muerta!

—Sí, señor baron, muerta hace ya mas de dos años: el cuerpo fué embalsamado por el médico del castillo, el señor Sauvoit, y el alma está en la gloria.

—¿Pero por qué no me lo comunicásteis?

—La señora, antes de espirar, exigió de nosotros el juramento de que ocultáramos su muerte á todo el mundo, para no comprometer la vida y los bienes de su hijo.

—¿Y en dónde está, qué es de Olivier? dijo el baron inmutado y descolorido como la muerte.

—Aquí, señor baron, aquí.

Daniel guió á su amo á una espaciosa alcoba inmediata al cuarto de dormir, y se paró delante de una cama de pequeñas dimensiones, á cuya inmediacion habia otra mucho mas grande. Allí dormia Olivier placidamente con el sueño de la inocencia, al lado de su ama.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! exclamó el baron inclinándose hácia su hijo para llenarle de besos amorosos; ¿conque ya no tienes madre?

Olivier abrió sorprendido sus grandes ojos, y sin reconocer á su padre, levantó su dedito para decir como en otro tiempo al corsario:

—Chiton, que mamá duerme.

Se volvió á acostar, se movió y se durmió otra vez. Cuando amaneció estaba Luis de Glenvez desmayado en un sillón, y Daniel á su lado cuidadoso y silencioso.

A los ocho dias de esta escena lúgubre y sentimental llegó Le Groix al castillo de Glenvez, é informado de todo lo ocurrido, fué á ver á su amigo, á quien halló sereno; pero su mirada triste denunciaba una desesperacion incurable.

—Ya lo he comprendido todo, dijo el baron al corsario; esta madre heroína ha querido que su sombra velase sobre su hijo, y á fin de que sus bienes no fuesen confiscados, como pertenecientes á un emigrado, encargó que se ocultase su muerte cuidadosamente á todos, sin escepcion de personas. Temió además mis inquietudes, y no quiso escitarme á un regreso peligroso, llamándome cerca de sí: vivió como un ángel y una santa, y murió como una buena madre.

—Animo, ánimo, dijo Le Groix; pues Mad. de Glenvez se ha legado un grande ejemplo que seguir, así tambien tú debes combatir para defender la cuna de Olivier.

—¿Quién? respondió el baron; ¡yo! solo pido la muerte.

E. DE LACHAUX.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Establecimiento Tipográfico de LAS NOVEDADES y de LA ILUSTRACION, calle del Barco, núm. 2.